

11

Además del Parque, necesitamos
no destruir, sino conservar y
multiplicar nuestros parques.

Hace muchos años, allá en los tiempos de la colonia, publicó el insigne profesor, novelista y costumbrista, ^{^ Ramón Méza -} ^{fué} que ~~III~~/también, según lo ha calificado certeramente Julio Villoldo, uno de nuestros más esclarecidos urbanistas coloniales - un artículo titulado La primera piedra, en el que pintaba y censuraba la costumbre muy hispanocubana de inaugurar solemnemente con discursos, músicas, banderolas y voladores la colocación de la primera piedra en obras públicas proyectadas por el Estado. En forma tan lijosa era colocada la ~~primera~~ ^{primera} piedra de un edificio, destinado a oficinas, h^ospital, escuelas; o ^{de} una carretera, o ^{de} un parque, o ^{de} un monumento. La piedra, con su inscripción alusiva, en la que desde luego, aparecían los nombres y cargos oficiales de todos cuantos habían participado en la elaboración del proyecto, quedaba allí, días, meses y años, sin que jamás se colocasen sobre ella ni junto a ella, la segunda, ni la tercera ni las siguientes piedras. La grandiosa obra, tan rimbombantemente inaugurada, quedaba en proyecto para in eternum.

Aunque en los tiempos republicanos hemos sido más pródigos que durante la colonia en la realización de obras públicas iniciadas, no faltan, sin embargo, primeras piedras únicas, que continúan viendo la soledad del día en que fueron colocadas, sin gozar de la compañía de otras piedras hermanas.

Pero si en la República no son tantas las piedras primeras que se quedan solitarias, ocurre que muchas obras públicas, no solo se comienzan, ^{y hasta} ~~se~~ se ejecuta parte del trabajo tal manera que da la impresión de que la obra se ^{en} encuentra ya muy adelantada, casi ^{al} terminarse, faltando únicamente pequeños detalles; y la obra se inaugura, no menos solemnemente que cuando antaño se colocaba la primera piedra. Mas, despues ~~MM~~ ^{que} se ha inaugurado en esta forma ~~MM~~ que los empresarios cinematográficos calificarían de preestreno o preinauguración, no se da un golpe más, y algo peor, se deja totalmente abandonado lo ya hecho, perdiéndose ^{de este modo} ~~MM~~ ~~mente~~ el impulso inicial, el trabajo y el dinero invertido.

Me sugiere estas consideraciones la preinauguración, recientemente ^{ce} celebrada, del Bosque de La Habana, idea felicísima que desde hace muchos años acariciábamos cuantos nos interesamos por el progreso urbanístico de nuestra capital y también por la salud y esparcimiento de sus vecinos y visitantes. ~~MM~~

Ya ~~MM~~ ^{se que La Habana} casi puede decir/~~MM~~ tiene un bosque en construcción; pero, entiéndase bien, nada más ^{que} ~~MM~~ en construcción. Esto, dada nuestra tradicional incuria y el anhelo grande ~~MM~~ que teníamos de poseer un bosque, es ^{algo} ~~MM~~, pero no es todo. Se ha dado un gran paso de avance. Pero faltan muchos, muchísimos, como lo reconocen los propios ingenieros, Ruiz Williams y Maza, directores de la obra: arboles en cantidad, caminos y veredas para automoviles, caballos, peatones, bicicletas, rincones de descanso y tranquilo esparcimiento, glorietas y cenadores, etc., etc.



A los que nos encontramos verdaderamente entusiasmado con esa obra, porque hemos sentido, y sentimos, la urgencia que La Habana tenía de un bosque, como la tiene también de numerosos y pequeños parques repartidos por todo el perímetro del término municipal, nos asaltan el temor y la duda de que la obra se pame, no se lleve adelante y tampoco se conserve lo poco hecho hasta hoy. No es porque falte buen deseo a sus iniciadores y constructores; pero unos y otros son criollos, y es difícil que el criollo se quite de encima lo que constituye nota típica de su carácter: la apatía e inconstancia para terminar las obras ^{que} emprende, preocupado siempre por la satisfacción inmediata de necesidades ~~individuales~~ personales, de familia, de grupo compartido.

~~Hemos~~ también, que falte el dinero, no, precisamente, por carencia absoluta del mismo, sino porque compromisos políticos y gubernamentales obliguen a gastarlo en otras atenciones.

Además, no creo que exista aún, entre nosotros, una conciencia definida, precisa y arraigada, en gobernantes y gobernados, del bien público colectivo, ~~que~~ ^{su} de lo indispensable que es a los habitantes y visitantes de una/capital de la importancia de La Habana, el procurar, en todo momento, y siempre progresivamente, su mejoramiento urbanístico.

También pienso que ni gobernantes ni gobernados creen de veras que así como el individuo necesita tener sus pulmones en perfecto estado para vivir, las poblaciones de toda índole y mucho más las ciudades populosas, requieren ^{puertos} pulmones, que son los bosques y los parques.

Igualmente, por último, aún no estoy convencido de que el criollo sienta amor por los árboles; y bosque y parques, sin árboles, no son tales, sino desiertos de cemento y tierra, contraproducentes para lo-

grar los fines a que se les destina.

Se ha dicho y repetido que Cuba es un país de viceversas, contradicciones e incongruencias.

Y nunca más cierta esa afirmación ni oportuno ese juicio que en el asunto a que vengo refiriéndome.

Se inicia la construcción de un bosque para La Habana; para no como obra que abedece a un plan preconcebido y que persigue finalidades precisas y estudiadas, sino como algo hijo tan solo de la ocurrencia casual o del capricho de unos cuantos individuos, pues lo natural y lógico es que antes de haberse empezado a construir el Bosque de La Habana o por lo menos, al mismo tiempo, se llevase a cabo el arreglo y arbolado de los poquísimos parques con que cuenta La Habana, y el arbolado de aquellas calles y avenidas que lo permiten.

Y ocurre todo lo contrario: la construcción del Bosque de La Habana coincide, no sólo con la época de mayor abandono que han sufrido nuestros parques públicos en toda nuestra historia republicana, sino con algo inconcebible y monstruoso: con la destrucción y supresión de algunos parques para dedicarlos a edificios públicos, tales como oficinas, estaciones de policía y otros aprovechamientos de carácter oficial. Así, han desaparecido ya algunos parques habaneros y se dice que ha de desaparecer también el de ~~Santos~~ ^{Pérez} ~~Santos~~ ^{ver.} ~~Suárez~~.

Yo espero que el señor Presidente de la República ^y el señor Jefe del Ejército, que tan entusiasta protección han dispensado a la obra del Bosque de La Habana, y el señor Alcalde Municipal, que ^{siempre} demostrado ya su interés por ornato de la ciudad, impidan que se continúen destruyendo nuestros pequeños y escasos parques

para dedicarlos a edificaciones oficiales.

Lejos de hacer desaparecer nuestros parques, necesitamos convertir en parques nuevos todos los ~~MUCHOS~~ terrenos yermos de que el Estado o el Municipio puedan disponer, ya ~~porque~~ porque sean de la propiedad de uno u otro, ya por compra o expropiación. La Habana solo posee un dos por ciento de parques públicos, y debe poseer, de acuerdo con las más modernas prescripciones higienísticas, por lo menos, un veinte y cinco por ciento del area del término municipal. Cada metro de parque público que se hace desaparecer o que no se construye, es salud, es vida que se quitan a los habitantes y visitantes de nuestra capital. Bien está el bosque y es necesario, pero tan indispensable son, como él, o tal vez más, los parques repartidos por toda la ciudad, sus barrios y repartos. No todos los vecinos de La Habana pueden trasladarse del lugar de su residencia al bosque, por carecer ~~de~~ del dinero para el viaje o de tiempo disponible, o - los niños - de quienes pueden acompañarlos. En cambio, cualquier vecino, ~~por desastrosa que sea su situación económica,~~ por desastrosa que sea su situación económica, puede tomarse unas horas de expansión en el parque de su barrio. Y lo mismo decimos de los niños, que sin necesidad de ~~de~~ *familiares que los acompañen* pueden ir a jugar y a respirar aire puro y saludable en el parque cercano a su casa - parques, donde, desde luego, deben existir arboles, asientos, luz y no, como hoy en día, sólo, manigua, cemento, tierra y oscuridad.

Que La Habana necesita conservar y no destruir sus parques actuales, ~~no~~ *y* fabricar otros muchos, *mucho* lo demuestra bien a las claras el espectáculo que en la tarde y en la noche ofrecen casi todas nuestras calles: hombres y mujeres de todas edades, sentados en las aceras o de pie en las puertas de las casas y solares, tomando el

fresco; y los niños jugando en la calle, expuestos a ser víctimas del vértigo de velocidad de nuestros automovilistas. Hombres, mujeres y niños se les encuentra, así, y a esas horas, en aceras y calles, porque no tienen un parque en su barriada a donde acudir, los unos y los otros.

He hablado de los niños; y es triste y doloroso verme obligado a declarar que los habaneros demostramos tener odio a los niños, puesto que no les proporcionamos aquellos elementos indispensables para su salud y su vida y para su esparcimiento, como son los parques. Los niños de nuestra ciudad no tienen donde jugar, ya que ni siquiera se les permite hacerlo en muchos de nuestros parques. Esto no es ni mentira ni exageración. Tan es verdad que hace poco un amigo mío que se acababa de mudar a un barrio extremo de nuestra ciudad, fué por la noche al parquecito que, por rareza, existía en aquel barrio. Encontró en el mismo - además de yerba crecida y abandono general - un banco y un farol. Allí se sentó y se puso a leer un libro que, como lector incansable, llevaba consigo. Al poco rato de estar entregado a la lectura, recibió una lluvia de piedras. Trató de inquirir quiénes eran los lapidadores y por qué lo lapidaban. Eran niños. Fué hacia ellos, y cuando pudo hablarles, a sus preguntas recibió esta respuesta, no desprovista ^{de contenido} de lógica y lógica infantil;

- "Le tirábamos piedras a usted porque en ese parque no nos dejan jugar a los muchachos, y ^{si} nosotros no podemos jugar aquí, tampoco permitimos que usted lea".



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA